

¿La bibliofobia un síntoma de nuestra era?

Escribe: CARMEN ORTEGA RICAURTE

Hace algún tiempo se proyectó en Bogotá la película *Fahrenheit 451* de Francois Truffaut. En esta obra, realizada con el aparente fin de divertir, se muestra una sociedad que considera delictiva la lectura o la simple posesión de un libro. Aunque el ambiente es futurista, el espectador no puede menos de notar con inquietud que la situación planteada por el autor del guión cinematográfico, el novelista Ray Bradbury, presenta algunas similitudes con hechos que ya se están perfilando en nuestro mundo actual: la sustitución de la cultura humanística por la civilización tecnificada; el binomio televisión-comics versus la literatura, etc.

Nadie ignora que las juventudes contemporáneas ya no leen por diversas razones, y entre ellas porque la radio, la televisión, el cine y los sistemas audiovisuales son medios más atractivos de recreación que las áridas páginas de un libro.

Se ha pretendido afirmar que *Fahrenheit 451* es una obra de ficción. Sin embargo, la humanidad ha conocido en diversas épocas y en nombre de diferentes doctrinas esta persecución ciega y fanática hacia los libros. Entre los casos más dramáticos podemos mencionar el incendio de la Biblioteca de Alejandría, acaecido cuando César conquistó Egipto. Allí se quemaron cerca de 900.000 papiros que habían sido cuidadosamente guardados desde la época de Tolomeo Soter; en la Edad Media, la Inquisición, tribunal organizado para castigar con *santa saña* los delitos contra la fe, ordenó la destrucción de miles de manuscritos perdiéndose así numerosas obras filosóficas y los apuntes de los alquimistas a quienes se acusó de brujería; en el siglo XX Hitler ordenó la persecución de todas las obras que según su criterio eran contrarias al nazismo o de autores judíos; en Rusia se retiraron de la circulación los libros *burgueses* y *capitalistas* que no estaban de acuerdo con la revolución bolchevique. Una de sus víctimas más notables fue el ganador del Premio Nobel, Boris Pasternak, quien fue castigado por haber escrito *El doctor Zhivago* en donde hizo algunas críticas a la revolución.

En Colombia también se han presentado casos de persecución bibliográfica. Es bien sabido que durante la época colonial las leyes de Indias prohibieron la importación de obras que fueran contrarias a la moral, la religión o la corona española. Por tal motivo, cualquier libro que por casualidad llegase a estas tierras y que contraviniese las especificaciones arriba mencionadas, era destruído *ipso facto*. En 1794, Nariño sufrió cárcel y la confiscación de todos sus bienes por haber traducido y publicado *Los derechos del hombre*. Después se atacaron desde el confesonario, todos los libros contenidos en el Índice. Muchas y valiosas ediciones de la Biblia protestante, o de autores "impíos" como Dumas, Voltaire, Bentham y Tracy fueron quemadas por esposas piadosas quienes al desempolvar las bibliotecas de sus maridos, las encontraban mezcladas con otras como *María*, *La Casa de la Troya*, *Fabiola*, *Benhur*, etc. Por último, y para coronar la historia de la estupidez humana, no podía faltar en nuestro país el toque de tropicalismo, dado por los nadaístas cuando, en la feria de Cali, arrojaron a la hoguera todos los libros que pudieron adquirir, dizque por inútiles.

Después de este breve recuento de los atropellos a los indefensos libros no podemos menos de preguntarnos: ¿Pero son ellos en verdad tan peligrosos, o han sido las víctimas inocentes y propiciatorias del fanatismo de todo los tiempos?

A este pregunta debemos contestar afirmando que el libro sí ha sido culpable de oponerse a la estrechez de criterio y a la persecución de la inteligencia y de la libertad de pensamiento.

Sus enemigos no se han equivocado al ver en él un poderoso adversario capaz de transformar el mundo, como en efecto lo ha hecho. Su error ha sido sin embargo, pretender destruir las ideas adversas con el fuego material, en lugar de rebatirlas mediante razonamientos lógicos que son las únicas armas que pueden esgrimirse en las luchas ideológicas.

El poderío del libro radica precisamente en que su labor es silenciosa e intangible. El no sale a la plaza pública a perorar, gesticular, o reclamar sus derechos mediante alto parlantes y gran despliegue de propaganda, sino que, parodiando las palabras de Cristo, "deja que los lectores lleguen a él" y luego, calladamente les va presentando verdades incontrastables e ideas llenas de contenido. No se trata de frases huecas que se las lleva el viento. Lo que se ha escrito, escrito queda y cualquiera puede leer y releer lo que encuentre oscuro, hermoso o interesante. El libro no hace demagogia ni se dirige a las masas ya que su lenguaje solo lo entiende una minoría de privilegiados. Por eso es obvio que en esta época de sociedad igualitaria, en donde las clases están desapareciendo, el libro encuentre una resistencia, en parte instintiva, de la potente y tecnificada clase media.

A pesar de todos los presagios adversos, esperamos con Reybradbury que los intelectuales salvarán y reivindicarán el libro y la cultura humanística.